

Pero esto no era sino una parte de los peligros de nuestra desgraciada patria. El enemigo interior no era de temer sino á causa del exterior, más temible entonces que nunca. Mientras que ejércitos de franceses avanzaban desde las provincias al centro, otros extranjeros rodeaban de nuevo á Francia, amenazándola con una invasión casi inevitable. Desde la batalla de Neerwinden y la derrota de Dumouriez, una espantosa serie de reveses nos había hecho perder nuestras conquistas, y con ellas la frontera del Norte. Ya se recordará que Dampierre, nombrado general en jefe, había reunido el ejército bajo los muros de Bouchain, reformándole un poco é infundiéndole valor. Felizmente para la revolución, los coligados, fieles al plan metódico convenido al principio de la campaña, no querían atacar punto alguno ni debían entrar en Francia sino cuando el rey de Prusia, después de haber tomado á Maguncia, pudiera penetrar hasta el corazón de nuestras provincias. Si hubiera habido en los generales coligados un poco de genio y de unión, la causa de la revolución estaba perdida. Después de la batalla de Neerwinden y de la derrota de Dumouriez hubieran debido marchar hacia adelante, sin dar tregua á nuestro ejército derrotado, diseminado y vendido, y bien le hiciesen prisionero, ó le rechazaran hacia las plazas fuertes, nuestros campos quedaban abiertos ante el enemigo victorioso. Pero los aliados celebraron un congreso en Amberes para concertar las operaciones ulteriores de la guerra; y el duque de York, el príncipe de Coburgo, el de Orange y diversos generales decidieron entre sí lo que convenía hacer. Resolvióse tomar á Condé y Valenciennes para dar á la casa de Austria nuevas plazas fuertes en los Países Bajos, y apoderarse de Dunkerque á fin de asegurar á Inglaterra este puerto tan deseado en el continente. Adoptadas estas medidas, volvióse á dar principio á las operaciones. Los ingleses y holandeses se habían situado ya en línea; el duque de York mandaba veinte mil austriacos y hannoverianos; el príncipe de Coburgo tenía á su disposición cuarenta y cinco mil austriacos y ocho mil hesseses; el príncipe de Hohenlohe ocupaba con treinta mil austriacos á Namur y Luxemburgo, enlazando el ejército coligado de los Países Bajos con el prusiano, que debía poner sitio á Maguncia; de modo que amenazaban el Norte ochenta mil ó noventa mil hombres.

Los coligados bloqueaban ya á Condé, y el más vivo deseo del gobierno francés era conseguir que se levantara el sitio de esta plaza. Dampierre, valeroso, pero desconfiando de sus soldados, no osaba atacar aquellas masas formidables; mas instado por los agentes de la Convención, condujo á nuestro ejército al campo de Famars, junto á Valenciennes, y el 1.º de mayo atacó con varias columnas á los austriacos, atrincherados en los bosques de Vicogne y de Saint-Amán. Las combinaciones militares eran tímidas aún; formar una masa, descubrir el punto más débil del enemigo y acometerle atrevidamente, era una táctica desconocida para ambos partidos. Dampierre se lanza con bravura, pero con reducidas fuerzas, sobre un enemigo diseminado también, al que hubiera podido derrotar en un punto; y castigado por su falta, recházale después de una encarnizada lucha. El 9 de mayo renueva el ataque; esta vez estaba menos dividido que la primera; pero avisados los ene-

migos, halláronse más compactos también; y mientras hace heroicos esfuerzos para decidir la toma de un reducto que debía facilitar la unión de dos de sus columnas, cae herido de muerte por una bala de cañón. El general Lamarche, encargándose del mando interino, ordena la retirada y conduce el ejército al campamento de Famars.

Este campamento, situado bajo los muros de Valenciennes y unido á esta plaza, impedía que se la sitiase; pero los coligados resolvieron atacar el 23 de mayo. Esparciendo sus tropas, según su acostumbrado método, dispersaron inútilmente una parte de ellas en una infinidad de puntos que la prudencia austriaca quería conservar, y no atacaron el campamento con todas las fuerzas de que podían disponer. Detenidos un día entero por la artillería, gloria del ejército francés, no cruzaron hasta la tarde el Ronelle, que defendía el frente del campamento. Lamarche se retiró por la noche en buen orden y fué á situarse en el campamento de César, que se enlazaba con la plaza de Bouchain, como el de Famars con Valenciennes. Aquí también era necesario perseguirnos y dispersarnos, pero el egoísmo y método detuvieron á los aliados alrededor de Valenciennes. Una parte de su ejército, dividida en cuerpo de observación, se situó entre Valenciennes y Bouchain, dando frente al campamento de César; otra división emprendió el sitio de Valenciennes, y el resto continuó el bloqueo de Condé, que, careciendo de víveres, esperaba que cayese en su poder en pocos días. Dióse principio con regularidad al sitio de Valenciennes: llegaban de Viena ciento ochenta cañones, otros ciento de Holanda, y estaban ya preparados noventa y tres morteros; de modo que en junio y julio se estrechaba por hambre á Condé, incendiándose á Valenciennes, mientras que nuestros generales ocupaban el campamento de César con un ejército batido y desorganizado; y tomadas aquellas dos plazas, todo era de temer.

El ejército del Mosela, que ponía en comunicación al del Norte con el del Rhin, había pasado á las órdenes de Ligneville cuando Beurnonville fué nombrado ministro de la Guerra: hallábase en presencia del príncipe de Hohenlohe, y nada debía temer, porque este príncipe, ocupando á la vez á Namur, á Luxemburgo y Tréveris con treinta mil hombres cuando más, y teniendo ante sí las plazas de Metz y Thionville, no podía intentar nada de peligroso, con tanta más razón cuanto que se le había debilitado más aún destacando siete mil ú ocho mil hombres de su ejército para agregarlos al prusiano. Desde este momento era más fácil y conveniente que nunca unir el ejército activo del Mosela con el del alto Rhin para intentar operaciones importantes.

Había terminado la campaña anterior del Rhin en Maguncia. Custine, después de sus ridículas demostraciones alrededor de Francfort, se había visto precisado á replegarse, encerrándose en Maguncia, donde reunió una considerable artillería, sacada de nuestras plazas fuertes, y principalmente de Estrasburgo. Allí formaba mil proyectos; tan pronto quería tomar la ofensiva como conservar á Maguncia y abandonar la plaza; pero al fin resolvió conservarla, y hasta contribuyó á que el Consejo ejecutivo aprobara esta determinación. El rey de

Prusia se vió entonces precisado á poner sitio, y la resistencia que encontraba en este punto era la que impedía á los coligados avanzar por el Norte.

El rey de Prusia pasó el Rhin por Bacharach, un poco más abajo de Maguncia; Wülmser con quince mil austriacos y algunos miles de hombres de Condé le atravesó algo más arriba, y el cuerpo de hesseses de Schoefeld quedó en la orilla derecha delante del arrabal de Cassel. El ejército prusiano no era tan numeroso como debía serlo, según el empeño que tomó Federico Guillermo; porque habiendo enviado un ejército considerable á Polonia, sólo le quedaban cincuenta y cinco mil hombres, contando entre ellos varios refuerzos de hesseses, sajones y bávaros; de modo que con los siete ú ocho mil austriacos de Wülmser, con los cinco ó seis mil emigrados de Condé y con los cincuenta y cinco mil hombres del rey de Prusia se puede calcular que el ejército que amenazaba la frontera del Este constaría próximamente de ochenta mil soldados. Nuestras plazas fuertes del Rhin tenían cerca de treinta y ocho mil hombres de guarnición; el ejército activo constaba de cuarenta y cinco mil, el del Mosela de treinta mil, y si se hubiesen reunido estos dos últimos bajo un solo mando, con un punto de apoyo como el de Maguncia, se habría podido ir á buscar al mismo rey de Prusia y estrecharle más allá del Rhin.

Los dos generales del Mosela y del Rhin hubieran podido entenderse cuando menos, y disputar, ya que no impedir, el paso del río; pero no hicieron nada. En el transcurso del mes de marzo el rey de Prusia cruzó impunemente el Rhin, sin encontrar á su paso más que avanzadas, que rechazó sin dificultad; y entretanto, Custine estaba en Worms, sin cuidarse de defender ni las orillas del Rhin ni las vertientes de los Vosgos, que formando el contorno de Maguncia habrían podido detener la marcha de los prusianos. Cierto es que acudió; pero alarmóse súbitamente por los descabros que habían sufrido sus avanzadas; creyó tener ciento cincuenta mil hombres sobre sí, figurándose sobre todo que Wülmser, que debía desembocar por el Palatinado, más arriba de Maguncia, estaba á sus espaldas, á punto de separarle de la Alsacia; pidió auxilio á Ligneville, que temblando á su vez, no se atrevió á desprenderse de un regimiento; entonces comenzó á huir, retirándose de una vez á Landau y luego á Wissemburgo, y hasta pensó buscar protección bajo los cañones de Estrasburgo. Esta inconcebible retirada abrió todos los pasos á los prusianos, que fueron á reunirse bajo Maguncia y la embistieron por ambas orillas.

Veinte mil hombres se habían encerrado en la plaza, y aunque muchos para la defensa, eran demasiado para los víveres, que no podían bastar siendo la guarnición tan considerable. La incertidumbre de nuestros planes militares había impedido que se adoptase medida alguna para el abastecimiento de la plaza; pero felizmente hallábanse en ella dos representantes del pueblo, Rewbell y el heroico Merlin de Thionville, los generales Kléber y Aubert-Dubayet, el ingeniero Meunier y, por último, una guarnición que tenía todas las virtudes guerreras, la bravura, la sobriedad y la constancia. El ataque comenzó en abril; el general Kalkreuth estaba encargado del sitio con un cuerpo de ejército prusiano, mientras el rey de Prusia y Wülmser estaban de obser-

vación al pie de los Vosgos y daban frente á Custine. La guarnición repetía con frecuencia sus salidas, extendiendo hasta muy lejos su defensa; y el gobierno francés, reconociendo la falta que había cometido al separar los dos ejércitos del Mosela y del Rhin, los reunió al mando de Custine. Este general, que reunía así de setenta á setenta mil hombres, teniendo los prusianos y austriacos diseminados ante él y más allá Maguncia, guardada por veinte mil franceses, no pensó en caer sobre los cuerpos de observación, para dispersarlos y marchar á incorporarse con la valerosa guarnición que le tendía la mano. Hacia mediados de mayo, reconociendo el peligro de su morosidad, hizo una tentativa mal combinada, peor secundada y que degeneró en una completa derrota. Según su costumbre, quejóse de sus subordinados, y le trasladaron al ejército del Norte para organizar y alentar á las tropas atrincheradas en el campamento de César. De este modo, los coligados que sitiaban á Valenciennes y Maguncia podían avanzar hacia nuestro centro, después de tomadas estas dos plazas, y efectuar la invasión sin obstáculo. Desde el Rhin á los Alpes y los Pirineos una serie de rebeliones amenazaba la retaguardia de nuestros ejércitos, interceptando su comunicación. Los Vosgos, el Jura, Auvernia y Lozere forman, desde el Rhin á los Pirineos, una masa casi continua de montañas de diversa extensión y altura; los países montañosos son, por las instituciones, los usos y costumbres, lugares de conservación; en casi todos los que acabamos de indicar, el pueblo conservaba un resto de cariño á su antiguo género de vida, y sin estar tan fanatizado como la Vendée, hallábase no obstante asaz dispuesto á insurreccionarse. Los Vosgos, medio alemanes, eran explotados por los nobles y el clero, manifestando disposiciones tanto más amenazadoras cuanto más vacilaba el ejército del Rhin. Todo el Jura se había sublevado por la Gironda, y si en su rebelión manifestaba más espíritu de libertad, no era por eso menos peligrosa, pues alrededor de Lons-le-Saulnier se reunían de quince á veinte mil montañeses para agregarse á los revoltosos de Ain y del Ródano. Ya se ha visto en qué estado se hallaba Lyon; las montañas de Lozere, que separan del Ródano el alto Loira, se llenaban de insurrectos, lo mismo que la Vendée; mandados por un ex constituyente llamado Charrier, elevábanse ya al número de treinta mil y podían unirse con la Vendée por el Loira. Después estaban los insurrectos federales del Mediodía, de suerte que las retaguardias de los ejércitos del Rhin, de los Alpes y de los Pirineos estaban amenazadas por grandes rebeliones, distintas por su objeto y sus principios, pero igualmente formidables.

A lo largo de los Alpes, los piamonteses estaban armados, y querían recobrar la Saboya y el condado de Niza; pero como las nieves impedían dar principio á las hostilidades á lo largo del San Bernardo, cada cual se conservaba en sus posiciones en los tres valles de Salenche, Tarentesa y Mauriena. En los Alpes marítimos y en el ejército llamado de Italia era otra cosa: allí se habían renovado muy pronto las hostilidades, y desde los primeros días de mayo se comenzó á disputar el importante puesto de Saorgio, del cual dependía la tranquila posesión de Niza. Efectivamente, una vez ocupado este puesto, los franceses quedaban dueños del

desfiladero de Tenda y tenían la llave de la gran cadena. Por eso los piamonteses habían mostrado tanta energía en defenderle como nosotros en atacarle. Tanto en Saboya como en la parte de Niza tenían cuarenta mil hombres, reforzados por ocho mil austriacos auxiliares; sus tropas, diseminadas en varios cuerpos de ejército de igual fuerza desde el desfiladero de Tenda hasta el gran San Bernardo, habíanse atenido, como todas las de la coalición, al sistema de cordones y guardaban todos los valles. El ejército francés de Italia se hallaba en el estado más deplorable; compuesto de quince mil hombres cuando más, desprovisto de todo y sin buenos jefes, no era posible hacer grandes esfuerzos. El general Birón, que le había mandado un instante, le aumentó en cinco mil hombres; pero no pudo proveerle de todo cuanto necesitaba. Si se hubiera concebido en el Mediodía uno de esos grandes pensamientos que nos habrían perdido en el Norte, nuestra ruina no hubiese sido menos segura por esta parte. Los piamonteses, aprovechándose de los hielos que paralizaban forzosamente toda acción por el lado de los grandes Alpes, podían transportar todas sus fuerzas á los Alpes del Mediodía y desembocando en Niza con un ejército de treinta mil hombres destrozaron al nuestro de Italia, rechazándole hasta los departamentos insurrectos, dispersándole del todo, favorecer la sublevación de ambas orillas del Rin, avanzar tal vez hasta Grenoble y Lyon, sorprender aquí por la retaguardia á nuestro ejército, internando en los valles de Saboya, é invadir así, por último, toda una parte de Francia. Sin embargo, ya no había entre ellos un Amadeo, ni mucho menos un Eugenio entre los austriacos, ó un Marlborough entre los ingleses, y por lo tanto, habíanse limitado á la defensa de Saorgio.

Brunet, que sucedió á Anselmo, había hecho en el puerto de Saorgio los mismos esfuerzos que Dampierre por la parte de Condé. Después de varios combates inútiles y sangrientos, empeñóse por fin en 12 de junio el último, que fué seguido de una completa derrota. Aun entonces, si el enemigo hubiese cobrado un poco de audacia con su victoria, hubiera podido dispersarnos, obligándonos á evacuar á Niza y á repasar el Var. Kellermann, que había acudido desde su cuartel general de los Alpes, reunió al ejército en el campamento de Donjón, señaló posiciones defensivas y dispuso que no se practicase movimiento alguno hasta la llegada de nuevas fuerzas. Una circunstancia hacía más peligrosa aún la situación de este ejército, y era el haberse presentado en el Mediterráneo el almirante inglés Hood, que había salido de Gibraltar con treinta y siete buques, y el almirante Lángara, procedente de los puertos de España con fuerzas casi iguales. Las tropas de desembarco podían ocupar la línea del Var, sorprendiendo á los franceses por retaguardia; la presencia de las escuadras impedía además los abastecimientos por mar, favorecía la rebelión del Mediodía y estimulaba á Córcega á echarse en brazos de los ingleses. Nuestras flotas reparaban en Tolón las averías ocasionadas en la tan desgraciada expedición de Cerdeña, y apenas osaban proteger á los barcos que traían granos de Italia. El Mediterráneo no era ya nuestro, y el comercio de Levante pasaba desde Marsella á los griegos y á los ingleses. El ejército de Italia tenía, pues, frente á sí á los piamon-

teses, victoriosos en varios combates, y á su espalda la rebelión del Mediodía y dos flotas.

En los Pirineos comenzaba apenas la guerra con España, declarada el 7 de marzo á consecuencia de la muerte de Luis XVI. Los preparativos habían sido largos por ambas partes, porque España, lenta, poco activa y mal administrada, no podía apresurarse más, y porque Francia estaba amenazada por otros enemigos que ocupaban toda su atención. Serván, general en los Pirineos, había pasado varios meses organizando su ejército, y acusando á Pache con tanta amargura como lo hacía Dumouriez. Las cosas siguieron en el mismo estado con Bouchotte, y cuando se abrió la campaña, el general se quejó aún del ministro, diciendo que le dejaba carecer de todo. Los dos países se comunican entre sí por dos puntos, Perpiñán y Bayona. Invadir vigorosamente Bayona y Burdeos con un cuerpo de ejército, y llegar así hasta la Vendée, era una tentativa demasiado audaz para aquella época, sin contar que el enemigo suponía en nosotros mayores medios de resistencia por esta parte. Hubiérase sido preciso atravesar las Landas, el Garona y el Dordoña, y semejantes dificultades habrían bastado para retraerle si se le hubiese ocurrido. La corte de Madrid prefirió un ataque por Perpiñán, pues tenía por esta parte una base más sólida en plazas fuertes, porque contaba con los realistas del Mediodía, según las promesas de los emigrados, y en fin, porque no había olvidado sus antiguas pretensiones al Rosellón. Cuatro ó cinco mil hombres quedaron guardando el Aragón; quince ó diez y ocho mil hombres, una mitad de tropas regulares y la otra de milicias, debían guerrear á las órdenes del general Caro en los Pirineos occidentales, y por último, el general Ricardos recibió orden de atacar el Rosellón con veinticinco mil hombres.

De la cadena de los Pirineos parten dos valles principales, el del Tech y el del Tet, que desembocando hacia Perpiñán, forman nuestras dos primeras líneas defensivas: Perpiñán está situado en el segundo, el del Tet. Instruido Ricardos de la debilidad de nuestros medios, da principio á la campaña con un pensamiento atrevido: flanquea los fuertes de Bellaguardia y los Baños, situados en la primera línea, y avanza atrevidamente con el proyecto de apoderarse de todos nuestros destacamentos, diseminados en los valles, tomándoles la delantera. Esta tentativa obtuvo buen éxito: el 15 de abril emprende el movimiento, bate á los destacamentos enviados á las órdenes del general Willot para contenerle é infunde un terror pánico en toda la frontera. Avanzando con diez mil hombres, se hubiera hecho dueño de Perpiñán; pero no tenía suficiente audacia, y por otra parte no había hecho todos sus preparativos, dejándose á los franceses tiempo para reponerse.

Como el mando parecía demasiado extenso fué dividido: Serván se encargó de los Pirineos occidentales, y el general Deflers, á quien ya hemos visto ocupado en la expedición de Holanda, de los orientales. Este último reunió el ejército delante de Perpiñán, en una posición llamada el Mas de Eu: el 19 de mayo, Ricardos, que había llegado á reunir diez y ocho mil hombres, atacó el campamento francés; el combate fué sangriento; el intrépido general Dagobert, conservando á una edad avanzada toda la fogosidad de un joven, y unien-

do á su valor una gran inteligencia, pudo mantenerse en el campo de batalla, y habiendo llegado Deflers con mil ochocientos hombres de reserva, se conservó el terreno. Acercábase el fin del día y el combate iba á ser favorable al parecer, cuando á la caída de la noche, nuestros soldados, rendidos de fatiga por la larga resistencia, abandonan de repente el terreno y se refugian desordenadamente bajo los muros de Perpiñán. Aterrorizada la guarnición, cierra las puertas y hace fuego contra nuestras tropas, creyendo que son españoles. También se presentaba aquí la coyuntura de caer atrevidamente sobre Perpiñán y apoderarse de la plaza, que no hubiera resistido; pero Ricardos, que se limitó á flanquear Bellaguardia y los Baños, no creyó prudente llevar su audacia más lejos, y volvió á poner sitio á estas dos pequeñas fortalezas. Dueño de ellas hacia fines de junio, marchó de nuevo al encuentro de nuestras tropas, reunidas poco más ó menos en las mismas posiciones que antes; y así es que en julio hubiera sido suficiente un combate desgraciado para que perdiéramos el Rosellón.

Vemos aumentarse las calamidades al acercarnos á otro teatro de la guerra, más sangriento, más terrible que todos aquellos que acabamos de recorrer. La Vendée iba á lanzar entre fuego y sangre más allá del Loira una formidable columna: hemos dejado á los vendeanos poseídos de entusiasmo por inesperadas victorias, dueños de la ciudad de Thouars, que habían tomado á Quetineau, y comenzando á meditar más grandes proyectos. En vez de avanzar sobre Doué y Saumur, habíanse replegado al Sud del teatro de la guerra, y querían despejar el país por la parte de Fontenay y de Niort. MM. de Lescure y Larochejacquelein, encargados de esta expedición, se habían dirigido sobre Fontenay el 16 de mayo: rechazados al principio por el general Sandos, replegáronse á corta distancia; pero muy pronto, aprovechándose de la ciega confianza que inspiró al general republicano su primer triunfo, reaparecieron de quince á veinte mil, apoderáronse de Fontenay, á pesar de los esfuerzos que el joven Marceau desplegó en aquella jornada, y obligaron á Chalbos y á Sandos á retirarse á Niort en el mayor desorden. Allí encontraron armas, municiones en gran número, y enriquecieron con nuevos recursos, que unidos á los que adquirieron en Thouars, les permitían continuar la guerra con esperanza de nuevos triunfos. Lescure dirigió una proclama á los habitantes amenazándoles con los más terribles castigos si auxiliaban á los republicanos. Después de esto, separáronse los vendeanos, según su costumbre, para volver á los trabajos de la recolección, dándose cita para el día 1.º de junio en los alrededores de Doué.

En la baja Vendée, donde Charette dominaba solo, sin combinar aún sus movimientos con los de otros jefes, el éxito había sido dudoso. Canclaux, que mandaba en Nantes, se mantuvo en Machecoul, aunque á duras penas; el general Boulard, comandante en Arenas, había ocupado durante dos meses la baja Vendée, y aun conservado posiciones muy avanzadas hasta los alrededores de Palluau, gracias á sus buenas disposiciones y á la disciplina de su ejército. El 17 de mayo, no obstante, vióse en la precisión de retirarse á la Motté-Achart, muy cerca de Arenas, y hallábase en el mayor apuro,

porque sus mejores batallones, compuestos sólo de ciudadanos de Burdeos, querían retirarse, ya para volver á sus asuntos, que habían abandonado, ó por el descontento que produjo el 31 de mayo.

Los trabajos en los campos dieron algún descanso así en la baja como en la alta Vendée, y durante algunos días no fué la guerra tan activa, aplazándose hasta principios de junio.

El general Berruyer, que al principio mandaba en todo el teatro de la guerra, había sido reemplazado, y su mando se hallaba distribuido entre varios generales. Saumur, Niort y Arenas constituyeron el ejército llamado de las costas de la Rochela, que se confió á Birón; Angers, Nantes y el Loira inferior formaron el ejército titulado de las costas de Brest, á las órdenes de Canclaux, general en Nantes; y por último, las costas de Cherburgo quedaron al mando de Wimpffen, que, según se ha visto, pasó á ser en seguida general de los insurrectos de Calvaços.

Birón, trasladado desde la frontera del Rin á la de Italia, y de esta última á la Vendée, no fué sin repugnancia á aquel teatro de devastaciones donde debía perderse por su aversión á participar de los furores de la guerra civil. Llegando á Niort el 27 de mayo, halló al ejército en un espantoso desorden, pues se componía de hombres alistados en masa en los pueblos vecinos por fuerza ó por engaño, y confusamente agrupados en la Vendée, sin instrucción, sin disciplina y sin víveres. Aquel ejército de campesinos y ciudadanos industriales de las ciudades, que habían abandonado con sentimiento sus ocupaciones, estaba dispuesto á disolverse al menor contratiempo; y mejor hubiera sido licenciarle en su mayoría, porque estos hombres, que hacían falta en los campos y en los pueblos, ocupaban inútilmente el país insurrecto, haciendo que escaseasen los víveres, sembrando el desorden y los terrores pánicos, y arrastrando con frecuencia en su fuga á batallones organizados, que por sí solos hubieran resistido mucho mejor. Todas las partidas llegaban con su jefe, nombrado en la localidad, que titulándose general, hablaba de su ejército, no quería obedecer y contrariaba todas las disposiciones de los jefes superiores. Por la parte de Orleans formábanse batallones, conocidos en esta guerra con el nombre de *batallones de Orleans*: componíanse de oficinistas, mancebos de tienda, criados y de todos los jóvenes recogidos en las secciones de París, que se enviaron con Santerre. Mezclábanlos con las tropas sacadas del ejército del Norte, del cual se habían tomado cincuenta hombres por batallón; mas era necesario asociar estos elementos heterogéneos, hallar armas y equipo. Todo faltaba; ni aun se podía dar la paga; y como ésta era desigual entre la tropa de línea y los voluntarios, suscitábanse con frecuencia motines.

Para organizar aquella multitud, la Convención enviaba unos comisionados tras otros; los había en Tours, Saumur, la Rochela y Nantes; y contrariándose entre sí, entorpecían la acción de los generales. El consejo ejecutivo tenía también sus agentes, y el ministro Bouchotte había inundado el país con sus afiliados, elegidos todos entre los jacobinos y franciscanos. Estos últimos disputaban con los representantes; creían dar prueba de celo abrumando al país con requisiciones, y acusaban de tiranos y traidores á los generales que trataban